CECILIA

Confieso que tengo una mala relación conmigo misma: es altamente tóxica. Aún soy una mujer joven para disfrutar intensamente de la vida, pero qué importa eso, si no soy feliz y estoy perdida dentro de ella. Es como una cadena de producción triangular de miserias de vértigo, con las que me narcótico: soledad-Andrés-mis cosas… Me voy dopando de pros y contras y vaguedades. Tengo deseos secretos; ardo en ellos y con ellos. A menudo me acuerdo de **Cecilia**. Otra vez ella…me volvió loca. Perdí todo el sentido de raciocinio. ¡Dios! Cómo me gusta esta canción de Neil Joung, Harvest Moon: “*Ven un poco más cerca / podríamos soñar esta noche / bailar bajo esta luna llena, bajo esta* *luna llena”*. No me canso de escucharla: tú y yo bailando bajo la luna… Contigo descubrí mi corporeidad lúbrica. Invoco la dimensión absoluta de la exactitud de los pliegues de tu cuerpo, el deseo recién estrenado en tus ojos de zafiro azul, la frondosidad del amor en cada entrega convulsa, la tierna crecida fluvial de caricias, entre el delirio de tus reproches por dejarme arrastrar en la trampa de convencionalismos y miedos, el sabor, el tacto y el aroma de tu piel entre las volátiles mixturas de tu perfume favorito: “Opium”. Mis poros destilan fascinación en la remembranza de tus detalles. No imaginas cómo *me* imploro la bendición inefable de ser yo misma.

Andrés estará a punto de llegar. Supongo que nos iremos después de cenar al pub de Jacinto: “Flor de Otoño”. Jugaremos a que somos dos desconocidos adictos al sexo que vamos con nuestras respectivas parejas, y que en un momento dado nos miramos y nos hacemos señas cómplices; que nos vamos al baño y yo le dejo que me penetre por detrás como un cavernícola (siempre quiere hacerlo así), mientras me tapa la boca por si grito, no se da cuenta de que desconecto y me mantengo en modo *off hasta* queacaba. Luego nos sentaremos uno junto al otro y hablaremos de las cosas propias de nuestra vidacotidiana y anodina, sin altibajos reseñables, reafirmando que estamos bien. Cecilia… ¿Por qué ahora? Mi vida es tan predecible. Recuerdo que veía a Andrés perfecto. Mi chico *yuppitriunfador.*  ¡Ay… yo, con mí, me, conmigo**:** “el bucle de mi pequeño desastre”! Uff, necesito un chute de placebo para seguir con el *planning* del día.

Oigo la llave en el interior de la cerradura: es **Andrés**. “Hola cielo, ¿qué tal la jornada? Pareces triste. Deberías salir más con tus amigas. Hoy he recordado el viaje a Italia por nuestro décimo aniversario de boda. La verdad era todo tan hermoso, amor” **…** Ahora me hablará de **Cecilia**, de cómo nos conocimos, qué éramos inseparables, y de las fotografías que nos hizo. “¡Deberíamos volver! ¡Pero que no sea en pleno julio! ¡Oh, qué calor en la Piazza del Campo, en Siena! Tú ibas con el grupo y la guía que os iba explicando la celebración de la carrera de caballos, Palio de Siena, y yo, en la Osteria la Mossa, tomando unas cervecitas con el resto del grupo. (Recuerdo muy bien ese sitio porque era raro encontrar una buena cerveza, bien rubia y fresquita en Italia.) Tenemos unas fotos preciosas: en Florencia, en la Galería de los Uffizi, el Puente Vecchio, en la Toscana, San Gimignano, en la Gelateria, Dandín, o Dandoli, o algo así, y…” ¡Tiene memoria de elefantón! Y me volverá a preguntar por qué se rompió nuestra amistad. Conozco su discurso de la Pe a la Pa... Le tengo *clavá* la medida. Ahora me agarrará por detrás apretando mis nalgas contra su sexo (como en los baños del café). Me dirá palabrashúmedas al oído. Menuda estampa… Y aquí estoy, instigada y fiscalizada por mi peor enemigo, intentando descifrar la incógnita evanescente de los tabúes que me tienen atrapada en esta situación de vida normativa. Una suma y sigue de la perfecta figura retórica de una estúpida metáfora pronunciándose como un papagayo. Y yo… yo como una tonta, salivando el recuerdo de Cecilia.